

DESDE EL CIELO

Asistimos al comienzo de la fase militar de la operación Libertad Duradera con el ya consabido desfile de imágenes oscuras, plagadas de explosiones verdes, que nada muestran y nada cuentan. Renace el mito de los ‘ataques quirúrgicos’ a los que ya hemos visto causar numerosos ‘daños colaterales’ en Mogadiscio, Belgrado, Bagdad, Jartúm y Afganistán. Comienza también la guerra de cifras y mentiras sobre el número de muertos civiles, objetivos alcanzados...

En los 80 los terroristas de hoy eran llamados ‘freedom fighters’. Los mujahidín de entonces ponían los muertos para la lucha de EEUU contra el comunismo y así evitar la pérdida de vidas y votos norteamericanos. El enemigo de Occidente ha cambiado, pero se sigue utilizando a los mismos mujahidín de la Alianza del Norte, equipados con tecnología muy poco ‘quirúrgica’, para que pongan de nuevo los muertos. Una vez más, se les presenta como los defensores de la libertad, algo que nunca han sido.

Bush asegura que ahora “...el oprimido pueblo de Afganistán conocerá la generosidad de América y nuestros aliados. Al tiempo que bombardeamos objetivos militares, también lanzaremos comida, medicamentos y provisiones a los hambrientos y atormentados hombres, mujeres y niños de Afganistán”.

Se trata de una generosidad envenenada que no comprende que arrojar comida no es lo mejor que podemos hacer para los desesperados afganos. Sería mucho más generoso no matarles, no bombardear las instalaciones militares, ministerios o centros de comunicaciones, sin duda vacíos desde hace semanas, que están pegados a las casas de adobe de los civiles en las intrincadas calles de los bazares.

Los lanzamientos aéreos de material humanitario para ser efectivos deben ser hechos a baja altura y sobre zonas muy precisas a las que la población tenga acceso garantizado, premisas sin duda imposibles de cumplir en este caso. De lo contrario, como demostraron experiencias previas en Sudán, Etiopía, Somalia o Kurdistán, gran cantidad de ayuda se pierde por rotura y dispersión y los embalajes hieren e incluso matan a algunas de las víctimas a las que se pretende ayudar. Por si fuera poco, arrojar comida en un país como Afganistán sembrado con 10 millones de minas es obligar a la población a correr un riesgo innecesario. Durante un conflicto en el cual los civiles tienen restringida la libertad de movimientos, la comida venida del cielo favorece a las facciones armadas y a los especuladores que luego la venden en el mercado.

Aún así, lo peor del caso es que asistimos, una vez más, a una manipulación inadmisible de la ayuda humanitaria. No se lanza comida para ayudar a la población, se lanza comida para humanitarizar las bombas, para hacer el ataque más aceptable sólo porque aquellos que sobrevivan tendrán después la oportunidad de arriesgar sus vidas saliendo en busca de algún paquete venido de las alturas.

Se secuestra y prostituye la ayuda humanitaria despojándola de todo principio ético para convertirla en un accesorio militar. Lanzar misiles y comida al mismo tiempo no es ser generoso, como pretende Bush, es ser cínico. La perversa política de estos agitados principios de siglo quiere resolverlo todo desde las nubes. Desde el cielo se quiere acabar con los talibán, con el terrorismo internacional y ahora con el hambre de los afganos. Guerras sin soldados y acción humanitaria sin humanitarios. ¿Para cuándo una política sin políticos?

Jordi Raich
Analista de Médicos Sin Fronteras
8 Octubre 2001